

La guerra contra el islamismo radical en el mundo árabe. Dos casos diferenciados: Egipto y Marruecos

por **Marcos García Rey**

La guerra contra el islamismo radical en el mundo árabe. Dos casos diferenciados: Egipto y Marruecos

Aquella mañana del 11 de marzo comenzó a sonar el teléfono demasiado pronto. Había llegado de la oficina de madrugada y no estaba por la labor de atender a nadie a las ocho menos diez de la mañana. Además, la pantalla del móvil reflejaba números procedentes del Golfo. Pensé: ya están los de Al Arabiya o Al Yazira llamando para que les cuente algo sobre la campaña electoral. Así que presioné el botón rojo del móvil repetidas veces para rechazar las llamadas insistentes. Pero llegó un momento en el que el duermevela no sólo estaba provocado por el timbre del teléfono, sino que las sirenas de las ambulancias, camino del Clínico San Carlos de Moncloa, también se habían colado en mi sueño.

Ring ring. ¡Qué diablos les pasa a éstos hoy! “Aló”. En árabe: “Buenos días, te llamo del canal de TV Al Arabiya, soy Nael, ¿cómo estás? ¿Y tu familia?”. “Un poco dormido. Por favor, llámame mejor para el informativo de la tarde que tengo la mañana liada”. “Sí, pero adelántanos algo, ¿crees que ha sido Al Qaeda?”. “Nael, llámame en media hora”. Salté de la cama y corrí hacia el rincón de la cocina donde está el aparato que cada mañana me conecta al mundo. En Radio 5 nos contaban a las ocho y veinticinco que se habían producido varias explosiones en el interior de trenes de cercanías de Madrid y que había algunos muertos. En Atocha reinaba el caos. Una hora más tarde. Ring Ring. “Aló”. “Soy Nael del canal Al Arabiya, ¿qué tal? Ha sido Al Qaeda, ¿verdad? ¿O crees que ha sido la organización ETA como dice el Gobierno español?” “Amigo Nael, pienso lo mismo que tú, pero vamos a esperar. Llámame esta tarde”.

El viernes 12 por la mañana me llamó una periodista del canal TV5 de Francia. “Me han dicho en EFE que ayer aseguraste que los responsables de los atentados son marroquíes del Grupo Islámico de Combatientes Marroquíes, ¿lo sigues pensando? ¿Te podrías pasar por la Agencia para hacerte una

entrevista que se emita en el boletín del mediodía?”. Les invité a casa y allí grabaron.

Hay pocas mentes visionarias. Mis primeras valoraciones tampoco se basaban en un ejercicio visionario, sino en el hábito adquirido de leer, analizar y reflexionar sobre los fines, *modus operandi*, doctrina, ritualismo y mensaje del terrorismo islamista. Desde hacía más de dos años, a comienzos de 2002, miembros dirigentes de Al Qaeda habían decidido en Turquía que España pasaba a ser *dar al harb* o “tierra donde los musulmanes deben hacer la guerra”.

Efectivamente, los voceros del islamismo radical entendieron que España era un vivero de potenciales muyahidin. Estos muyahidin fueron reclutados entre jóvenes inmigrantes -sobre todo marroquíes, pero también argelinos y sirios- definidos por un perfil psicológico frágil y entusiasta, que aprendieron con rapidez la lengua de acogida, ávidos de encontrar una actividad no vinculada al campo o la construcción, y fácilmente manipulables por la fórmula del yihad, que consiste en “teorización simple + acción”. Algunos caen en las redes del yihad internacional, que les proporciona una brújula para su desorientación psicológica, ingresos económicos y la recompensa de caminar por el recto camino hacia Allah. No en vano, la mayoría de los presuntos terroristas que participaron en los ataques del 11-M en Madrid – Jamal Zougam, Mohamed Chaoui, Serhane Abdelmajid, o Rafea Zuher- alcanzaron el grado de *muyahid* en España.

Entendemos que una aproximación a los movimientos islamistas, los moderados y los radicales, en Egipto y Marruecos es un ejercicio necesario para entender el terrorismo yihadí mundial y, por tanto, el 11-M en Madrid. Por un lado, el país del Nilo es la cuna de algunos de los teóricos más importantes del islamismo tradicional y combatiente (Hasan al Banna, Sayyid Qutb, Ayman al Zawahiri), además de ser una de las sociedades que más ha sufrido la violencia islamista. Por su parte, el Majzen marroquí ha estado estrechamente relacionado, desde el siglo XVIII y hasta fechas recientes, con la doctrina wahhabí salafista procedente de Arabia Saudí; además de ser Marruecos,

desde finales de los años 70, un país exportador de muyahidines que han estado involucrados en todas las guerras de yihad y en casi todos los grandes atentados perpetrados en los últimos años.

En la actualidad, por un lado, las sociedades de Egipto y Marruecos viven procesos parecidos en cuanto a que existe una lucha interna abierta entre dos mundos que compiten. Una parte de las sociedad busca las raíces islámicas de su cultura, mientras que la otra vive y sueña teniendo a Occidente como referencia. Por otra parte, la historia de ambas naciones durante el último siglo ha supuesto una evolución diferenciada de las corrientes islamistas en cada caso particular. Intentaremos definir la naturaleza de los movimientos islamistas en Egipto y Marruecos y observar cómo es la relación de los islamistas con sus regímenes políticos y sociedades respectivas.

Egipto: la islamización de la cuna del panarabismo

Si Mohamad Ali, gran modernizador de Egipto en la primera mitad del s. XIX, o Gamal Abdel Naser, el profeta del socialismo panarabista, se dieran un paseo por las calles de El Cairo o Alejandría apenas darían crédito a lo que estarían viendo. Más estupefactos se quedarían si se dieran una vuelta por las universidades, ciertas mezquitas o si asistieran a la reunión de las directivas de algunos colegios profesionales. La realidad es que hoy Egipto vive una gran paradoja, que consiste en que el Gobierno de Hosni Mubarak pretende la modernización del Estado y la liberación de la economía abriéndose al exterior, pero asiste atónito a la islamización progresiva de casi todas las instituciones y campos de la sociedad civil, que es incapaz de controlar. La lucha abierta de Mubarak contra el islamismo desde que llegara al poder al ser asesinado Anwar Sadat en 1981 por un militante del Yihad Islámico ha sido pertinaz.

El pasado mes de mayo paseamos durante más de una semana por las calles de El Cairo y Alejandría y nos entrevistamos con varios islamistas. Lo que uno aprecia a primera vista, sin forzar la visita a barrios que son feudos islamistas o a ciertas mezquitas, es que las mujeres cada vez van más

tapadas. También se aprecia un incremento del número de hombres que van cultivando su “*zabiba*” con orgullo. Llaman poderosamente la atención esos carteles en las paradas de autobús, en las estaciones de tren, en los mercados, que invitan a las mujeres a que se cubran la cabeza con el *hiyab*. Cuando uno recorre un túnel del metro o de un paso subterráneo en lo que inevitablemente se fija es en los grafitis que le esperan al final de sus pasos: “no olvides recordar a Allah”, “el islam es la solución”, “muerte a América”. Más sorprendentes pueden resultar al que no esté apercibido de antemano las grandes telas que cuelgan de la fachada principal del Colegio Nacional de Abogados, donde se pueden leer mensajes como: “¿Quién nos vengará? Han ocupado nuestras tierras. Han violado a nuestras mujeres, mancillado nuestro honor, y no hallamos consuelo en nuestros dirigentes”.

En la sede clandestina, pero tolerada, de los Hermanos Musulmanes en el barrio de Al Gezira de El Cairo reciben al curioso con amabilidad. Uno se interesa por sus publicaciones para no provocar desconfianza alguna, que en todo caso no tiene razón de ser. Te invitan a un té y uno de los líderes de esta asociación islamista que tanto poder tiene en Egipto y que tiene sucursales en otros setenta países entabla conversación con el visitante. “La guerra de Iraq es un desastre; los asesinatos del hermano musulmán el jeque Ahmed Yasin en Gaza, y de su sucesor al frente de Hamas, Abdelaziz Rantisi, a manos del ejército de ocupación sionista son intolerables; el islam es una religión de caridad y no hay cabida para los Ben Laden y Ayman al Zawahiri; la *sharia* debe ser la única fuente de Derecho en los países islámicos...” La visita a la sede de los Hermanos Musulmanes se hacía el 10 de mayo. Bien, pues el 16 de mayo, 54 miembros con capacidad organizativa en la Hermandad eran detenidos en ciudades del Delta del Nilo y Alejandría, su página web era boicoteada, veinte compañías y oficinas que se creen pertenecen a la asociación eran clausuradas y algunos de sus fondos bancarios eran bloqueados. Los cargos contra ellos se basaban en que los Hermanos Musulmanes estaban enviando a sus miembros más jóvenes a luchar en conflictos como Iraq, Chechenia y Palestina, para que adquirieran formación

militar y que luego emplearan esa experiencia en Egipto con el fin de derrocar al régimen de Mubarak. También se les acusaba de haber recaudado dinero para continuar con sus actividades ilícitas en el interior del país. La prensa señalaba esos días que el Gobierno estaba molesto porque la Hermandad había movilizado a muchos ciudadanos en protesta contra la guerra de Iraq y los asesinatos de los líderes de Hamas. El 9 de junio, funcionarios de una prisión de El Cairo se ponían en contacto con la sede de los Hermanos Musulmanes para comunicarles que uno de los arrestados, Akram Zuheiri, un ingeniero de 40 años de edad, había muerto víctima de un accidente. Son muchos los islamistas que han muerto en las cárceles egipcias por accidente o por enfermedad.

El relato de lo anterior resulta ilustrativo del clima que se vive en Egipto. El régimen de Mubarak, su “faraocracia”, mantiene una guerra abierta contra los islamistas. Contra los islamistas radicales, porque Egipto ha sufrido magnicidios y masacres de turistas y cristianos coptos, y porque, al fin y al cabo, ha sido la tierra de los grandes ideólogos del yihad combatiente y patria de afamados terroristas. Y contra los islamistas más moderados porque éstos supuestamente tienen una “agenda B” escondida cuyo principal objetivo es derrocar al régimen e instaurar una teocracia basada en un islam totalitario.

La conquista islamista de la sociedad civil

La historia de Egipto ha sido testigo privilegiado, como ningún otro país, del viaje completo de los grupos islamistas, desde los racionalistas y reformistas del período de la Nahda en la segunda mitad del s. XIX hasta la fundación de los Hermanos Musulmanes en 1929, pasando por las organizaciones más violentas –Yihad Islámico, Gamaa Islamiya, Takfir wal Hiyra- que han sembrado la angustia entre los egipcios y que han inspirado a Osama Ben Laden y su “Declaración del frente islámico mundial para el yihad contra los judíos y los cruzados”.

Se puede decir que la asociación de los Hermanos Musulmanes ha sido el faro de la mayoría de los movimientos islamistas en el mundo desde que Hasan al Banna la fundara en 1929. Tanto el fundador como Sayyid Qutb (معالم) (على الطريق), considerado el gran ideólogo del islam combatiente, escribieron la doctrina matriz que ha inspirado a los islamistas radicales y menos radicales hasta la fecha de hoy. Su eslogan es: : “Islam es credo y ritual, nación y nacionalidad, religión y Estado, espíritu y acción, libro y espada”. La piedra angular de sus teorías es que Egipto debe tener un “sistema islámico” basado en la *sharia* y todos los medios son lícitos para alcanzar ese fin teocrático, tanto el proselitismo, como el yihad o la acción social.

Lo cierto es que la Hermandad siempre ha estado bajo sospecha de querer conspirar contra el poder establecido desde la revolución de los Oficiales Libres que llevó a Naser al poder (1952-1970), durante el gobierno de Anwar Sadat (1970-1981), hasta nuestros días con Hosni Mubarak. De hecho, la organización está prohibida, aunque tolerada, desde 1954, año en que un hermano musulmán intentó asesinar a Naser.

A pesar de las fuertes oleadas de represión que ha sufrido la Hermandad desde mediados del s. XX, ha sabido ir adaptándose a las circunstancias que han rodeado su existencia, tanto en el plano interno como en el internacional. A propósito del encarcelamiento de 54 de sus militantes en mayo pasado, uno de sus dirigentes, Essam el Erian, decía que “la Hermandad tiene políticas de adaptación para superar redadas masivas contra sus miembros, lo que ha sido un ejercicio constante de la estrategia del Gobierno. No es suficiente con eliminar a la clase dirigente de la estructura”. Efectivamente, ha tejido una gran telaraña social que abarca todos los sectores de la sociedad hasta crear un Estado paralelo allí donde al régimen le es más costoso llegar. A pesar de que los “faraones” han intentado reformar las leyes para limitar su acceso a las diferentes instituciones oficiales, lo cierto es que el extraordinario aparato organizativo de la Hermandad les ha llevado a conquistar espacios tan importantes de la sociedad civil como son la universidad, los mercados, gran parte de los púlpitos de las mezquitas o

algunos colegios profesionales; además de convertirse en la garante de la asistencia social mediante la fundación de hospitales, clubes deportivos, orfanatos, etc.

La Hermandad es la única organización en Egipto capaz de movilizar en la actualidad a los ciudadanos. Esto no se ha conseguido solamente porque la masa esté descontenta con el régimen o con la situación de los musulmanes en Iraq, sino que ha sido posible gracias a que su mensaje –“el islam es la solución”- es nítido y tiene eco en un entorno de cultura islámica, porque ha generado expectativas en una sociedad que tiende al quietismo, pero, sobre todo, porque facilita recursos económicos y sociales, y ofrece oportunidades para la acción colectiva allá donde el Estado no llega.

La Hermandad, al ser una organización clandestina, no tiene la legitimidad para competir políticamente en las elecciones parlamentarias. No obstante, suele presentar un número limitado de candidatos -autorregulado para evitar que pase lo de Argelia en 1992- que lo hacen en calidad de independientes. En las elecciones del 2000 consiguieron 17 escaños, nada comparado con los 338 del Partido Nacional Democrático en el poder.

El Gobierno de Mubarak está inquieto porque el conservadurismo religioso está creciendo entre los funcionarios, las profesiones liberales, los periodistas, los jueces, los profesores de universidad y los jeques de Al Azhar, la institución religiosa conservadora y moderada por excelencia del mundo islámico. El presidente egipcio, entretanto, intenta continuar apoyándose con el apoyo tradicional del Ejército, de la oligarquía de los negocios –que apenas encuentra tiempo para ir a la mezquita- y mediante la alianza con una clase intelectual que ha conservado el liberalismo de tiempos pasados.

La mundialización del yihad alivia la violencia islamista en Egipto

Aunque resulte paradójico, la mundialización del yihad, una vez terminada la guerra contra la ocupación soviética en Afganistán, ha aliviado en

gran medida la campaña de violencia islamista en Egipto. Vamos a verlo con brevedad.

El país del Nilo no ha sido sólo patria del islamismo de los Hermanos Musulmanes, sino que escisiones radicales de esta organización, que consideraban que su acción era laxa, fueron también pioneras a la hora de llevar a cabo el yihad combatiente. Entre las muchas facciones, cabe destacar el Yihad Islámico y la Gamaa Islamiya.

El islam radical en Egipto fue excepcionalmente castigado en la época de Naser, un presidente que a los ojos del pueblo encontró la legitimidad en su carisma, su panarabismo de corte socialista y su lucha contra Israel. Ello le permitió encontrar el apoyo suficiente para neutralizar de forma eficaz a las organizaciones fundamentalistas y provocar que muchos activistas se exiliaran a otros países. A su sucesor Anwar Sadat, sin embargo, le venció el contexto histórico y fue asesinado por un militante del Yihad Islámico en 1981. La firma de los acuerdos de paz de Camp David con Israel había provocado la ira de los extremistas.

Cuando Hosni Mubarak se erigió en el nuevo presidente de Egipto tuvo claro durante los años 80 que la mano dura contra los fundamentalistas era la clave para conservar el poder. En gran medida fue capaz de lograr su neutralización. Pero a comienzos de los años 90 reaparecieron los ataques de los muyahidin por varios factores convergentes. La guerra en Afganistán había terminado y muchos “árabes afganos” volvían a sus países de origen con experiencia en el campo de batalla y con la moral alta por haber derrotado a un enemigo tan potente como la URSS; además se había librado en 1991 la primera guerra del Golfo y los soldados norteamericanos se habían instalado en la tierra santa de la Península Arábiga; el conflicto árabe-israelí se eternizaba y se producía una islamización de la resistencia palestina; a su vez, la lucha en Argelia se transformaba en un icono para los radicales. Los defensores del islam combatiente estaban de enhorabuena.

Entonces los miembros de Gamaa Islamiya y el Yihad Islámico vivieron en Egipto sus años más felices. Citemos algunos hitos: en 1992 mataron a 30

cristianos en una localidad del Alto Nilo, en 1994 hirieron a puñaladas al premio Nobel de Literatura Neguib Mahfuz, intentaron matar a Mubarak en 1995 en Addis Abeba y, como culmen, en 1997 asesinaron a tiros a 58 turistas extranjeros en Luxor.

Fue entonces cuando Mubarak utilizó todo el aparato policial del Estado para encarcelar y erradicar a los islamistas. La represión masiva durante los años 90 provocó, a su vez, que una gran parte de los militantes más radicales huyeran del país para recalar en países donde se comenzaba a gestar Al Qaeda, entre cuyos dirigentes más destacados había tres egipcios: Omar Aberrahman, Ayman al Zawahiri y Mohammad Atef. En cierta forma, la lucha mundializada de Al Qaeda alivió la terrible ofensiva que vivió el régimen de Mubarak en los 90. Y de este modo, Egipto se ha convertido en los últimos años en un país exportador de dirigentes y soldados del yihad internacional. La lucha contra el “faraón” impío continúa presente en sus mentes, pero hoy día hay otros frentes más lucrativos y espectaculares: EEUU, Iraq, España o Arabia Saudí.

Marruecos: el pulso entre el Majzen y las fuerzas islamistas

El 16 de mayo de 2003 la ciudad de Casablanca fue sacudida por ataques suicidas que tuvieron como objetivo el hotel Safir –donde se había celebrado la semana anterior un seminario sobre terrorismo internacional-, el restaurante de la Casa de España, y otros tres lugares vinculados a la comunidad de judía marroquí. Incluidos los kamikazes, 45 personas fallecieron a consecuencia de las explosiones.

Hasta esos hechos en Casablanca, la acción violenta del fundamentalismo islamista en Marruecos había sido escasa. Quizá, el asesinato de dos turistas españoles en un hotel de Marrakech en agosto de 1994 había sido el ataque más destacado. En el año 2002 las autoridades de Rabat, en colaboración con EEUU, desarticularon una célula terrorista compuesta por saudíes y marroquíes que supuestamente llevaban a cabo

operaciones en el Estrecho de Gibraltar. No obstante, los líderes y teóricos de lo que daremos en llamar la Salafiya Yihadia, que agrupa a una serie de movimientos con denominaciones diversas pero de aspiraciones similares – *takfirun, muwahhidun, salafies...*-, habían bebido de la doctrina de otros ideólogos del Machreq para crear un fundamentalismo islámico propiamente marroquí durante los años ochenta y noventa.

Pero sólo a partir de los atentados de Casablanca será cuando el Gobierno marroquí actúe de forma contundente contra los grupos fundamentalistas. Marruecos es un país de una religiosidad profunda, que abandera una cultura ligada indefectiblemente al islam. No hay interés por parte del poder en sacrificar parte de esa religiosidad en nombre de la democracia y la modernidad. Pero la irrupción violenta y espectacular de la corriente islamista radical no sólo en el país africano, sino también a escala mundial, ha motivado la represión contundente por parte de las fuerzas de seguridad marroquíes.

En julio de 2003, dos meses después de los acontecimientos de Casablanca y dos meses antes de las elecciones municipales, Mohamed VI pronunciaba un discurso televisado en el que ligaba, una vez más, el proceso de transición democrática al carácter islámico de Marruecos. Habló el monarca de “un compromiso religioso-histórico que halla su actualización en un contrato político y constitucional moderno, a través del cual la nación ha considerado por unanimidad que el islam es la religión del Estado y el rey es el emir de los creyentes”. La Monarquía insiste en la necesidad de que el islam marroquí sea tolerante con las otras confesiones y en que se constituya como un elemento integrador fundamental para la modernización del país, todo ello expresado con la legitimidad de quien es guía espiritual por derecho divino.

La alianza tradicional del Majzen con la corriente wahhabí salafista

Un breve repaso a las relaciones históricas entre la Monarquía alauí y la doctrina radical wahhabí salafista permite entender que los atentados de

Casablanca y el asesinato de dos comerciantes judíos en septiembre de 2003, tienen poco de sorprendente en el contexto internacional de nuestros días.

Desde mediados del s. XVIII, el Majzen viene utilizando la corriente rigorista wahhabí como instrumento para combatir movimientos de oposición. El wahhabismo preconiza la vuelta a un islam mitificado de pureza espiritual y rechaza toda innovación legal y política que no respete la sharia y el califato. Los sultanes cherifianos marroquíes utilizaron esta doctrina integrista para neutralizar dos peligros que afectaban muy directamente al Majzen: el sufismo y la influencia de los colonizadores cristianos europeos y sus discursos secularizantes.

El auge de los petrodólares a partir de la crisis de 1973 benefició enormemente el desarrollo económico de Arabia Saudí, que exportó su versión rigorista de la religión a gran parte del mundo islámico. En esas mismos años, la asociación Justicia y Caridad (جماعة العدل والادب سان) del jeque Abdessalam Yasin comenzaba a poner en entredicho la legitimidad divina de Hassan II como “emir de los creyentes” y se erigía como un movimiento social de oposición a la autoridad establecida. Con el objetivo de eliminar espacios de expansión de la doctrina sufí del jeque Yasin y vacunar contra el posible contagio de los principios chiíes de la revolución islámica de Jomeini en Irán, el Majzen facilitó la implantación de organizaciones wahhabíes que practicaron el proselitismo generosamente durante los años sesenta, ochenta y noventa. En 1981, una gran parte de las facultades de filosofía en las universidades de Marruecos que habían bebido de la cultura laica francesa se convirtieron en centros de enseñanza de ciencias islámicas, a cuyo frente se situaban profesores y ulemas importados de las escuelas de Arabia Saudí, o marroquíes que había estudiado becados en aquel país. Un dato relevante más: Hassan II nombró al frente del Ministerio de Bienes Habices y Asuntos Religiosos a Abdelkebir Alawi Mdaghri, sincero combatiente de la doctrina moderada del jeque Yasin, quien apoyó a los teóricos de la corriente wahhabí salafista para que ocuparan puestos influyentes en las mezquitas y universidades de

Marruecos. Pero el dinero saudí no solamente se invirtió en educación y en centros religiosos, lo que ya de por sí suponía un alivio para las arcas del Estado, sino que, a su vez, sirvió para sufragar en parte los elevados gastos de Palacio y la guerra del Sáhara Occidental contra el Polisario.

Sin embargo, ni durante los años noventa ni tras los atentados del 11-S, el Gobierno marroquí se sintió especialmente amenazado por el terrorismo y no vio otro peligro islamista que el del Partido Justicia y Desarrollo (حزب العدالة) (والد تنمية) en las urnas y el de Justicia y Caridad en su labor de islamización de la sociedad civil. Pero en febrero de 2002, la cadena de televisión Al Yazira difundía un vídeo de Osama Ben Laden donde éste incluía a Marruecos como uno de los gobiernos que colaboran con EEUU en la opresión de los musulmanes, y por tanto, lo situaba en el blanco. Un año después, doce kamikazes se inmolaban y provocaban la muerte de 33 civiles en Casablanca.

Marruecos, entre la transición democrática y tres islamismos: el social, el político y el terrorista.

El dilema actual del régimen tradicional marroquí radica principalmente en si debe continuar con la liberalización de la economía y la democratización de las instituciones o, por el contrario, ralentizar ese proceso. La experiencia demuestra que en los países en desarrollo sin un legado de liberalismo constitucional, y más concretamente en los países árabes, la universalización del voto y la cesión de libertades civiles puede ser aprovechado por formaciones ideológicas antidemocráticas que utilizan los mecanismos que ofrece el sistema para conseguir parcelas de poder. Por otro lado, la liberalización económica tiene en Marruecos un impacto claro de desprotección de las capas bajas y la aparición de conflictos sociales.

No está claro que el Majzen desee a corto plazo la celebración de una elecciones libres y justas, y así desarrollar el sistema de separación de poderes y proteger las libertades básicas de expresión o reunión. El auge islamista en medios sociales y políticos, además de la existencia de grupos dispuestos a

utilizar la violencia terrorista, supone una barrera para avanzar hacia la democracia y, al mismo tiempo, una coartada para ralentizar el proceso.

El islamismo de acción política del Partido Justicia y Desarrollo (PJD) se ha integrado en el sistema institucional democrático para llevar a cabo su programa como una fuerza más que compite por escaños en el Parlamento y en los municipios, aunque su credibilidad democrática sea escasa y recuerde al FIS argelino de 1992. En las elecciones generales de 2002 ya se alzaron como el tercer partido más votado, tras nacionalistas y socialistas. En las elecciones municipales de 2003 habían puesto todas sus esperanzas para convertirse en la primera fuerza en número de votos. Son sabedores de que el margen de maniobra del Gobierno de Rabat está muy limitado por la influencia del Palacio. Por ello, les interesaba tener capacidad de ejecución en los gobiernos municipales, donde la independencia de gestión sería mayor y donde el contacto con sus seguidores sería más directo. El plan primigenio de dar un golpe de efecto se abortaba por los atentados de Casablanca. Dos meses antes de la convocatoria de las elecciones municipales, los dirigentes del PJD mantuvieron reuniones con funcionarios del Ministerio de Interior para acordar una “autorregulación” a la hora de presentar candidaturas, previniendo de esta forma que una victoria islamista en las urnas produjera una alarma indeseable en el interior y el exterior del país. Aún habiéndose presentado el PJD en el 20 por ciento de las circunscripciones del país, se convirtió en la segunda fuerza más votada en las ciudades, sólo por detrás del partido nacionalista Al Istiqlal. El islamismo político marroquí, en el caso de que se celebraran a corto plazo unas elecciones libres, podría erigirse como la alternativa política a los partidos tradicionales. Su mensaje tiene gran resonancia entre el electorado, porque utiliza el lenguaje del islam, de la tradición, de la piedad y la solidaridad, un tipo de discurso más comprensible en la sociedad marroquí que el de asuntos como la emancipación de la mujer, el desarrollo tecnológico o la modernización. Además cuenta con la ventaja moral de denunciar a la corrupta oligarquía que vive cómodamente en un país que, según el Banco Mundial, de sus casi 30 millones de habitantes, 6 sobreviven con menos de un dólar al día.

El islamismo de acción social está representado por la Asociación Justicia y Caridad (JC), que fundara el jeque Abdessalam Yasin en 1983, y que ha sido en las dos últimas décadas la verdadera oposición al Majzen. JC ha renunciado a entrar en la competición política por considerar que las elecciones alimentan la mascarada democrática que presenta el régimen tradicional para preservar el poder. La portavoz oficiosa de JC, Nadia Yasin, e hija del fundador, suele decir que lo único transparente en los comicios marroquíes son las urnas. Los dirigentes de JC no confían en que el islam sea democratizable, la democracia es buena para Occidente no para Marruecos. El propio jeque Yasin ha publicado una vasta literatura donde defiende la idea de que en Marruecos se debe “islamizar la modernidad” y no “modernizar el islam”. La acción benéfica y el desarrollo de una amplia red de asistencia social que lleva a cabo JC entre los más desarraigados allá donde el Estado no llega, ha provocado que se pueda hablar de una sociedad marroquí en proceso de islamización profunda. Se está creando, al igual que en Egipto, un Estado paralelo. Mohamed Darif, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Casablanca, asegura que la calle, la universidad y gran parte de la clase media siguen el modelo islamista inspirado por el jeque Yasin.

Aunque las relaciones entre el PJD y JC no sean buenas, cabe decir que los seguidores y los beneficiados de esta última son potenciales votantes de la primera, si bien el jeque Yasin suele clamar por el boicot de las elecciones. El porcentaje de participación en las elecciones municipales de 2003 fue del 54 por ciento. No sólo la apatía generalizada del electorado fue responsable de la alta cifra de abstención, sino que esto se conjuga con la autorregulación del PJD y la llamada al boicot de JC.

En cuanto al islamismo radical y combatiente, apuntábamos antes que sus acciones en suelo marroquí ha sido limitadas. Marruecos ha contribuido al yihadismo internacional más como un país exportador de muyahidin que como albergue de grandes ideólogos y terroristas. El punto de inflexión tuvo lugar el 16-M en Casablanca, si bien resultaría más preciso hablar de una acción inspirada en el yihad transnacional que en un fenómeno. La naturaleza

ideológica, las formas de actuación y los blancos del islamismo integrista marroquí no se diferencian de los de otras organizaciones en otros países. Es más, los objetivos de los últimos años están relacionados con las comunidades judía y española. Ni siquiera los terroristas en Marruecos han atentado hasta la fecha contra personalidades, ni instituciones ni símbolos del Estado.

El nacimiento de organizaciones radicales combatientes en Marruecos se remonta a 1969, cuando Abdelkrim Mutii fundó el Movimiento de las Juventudes Islámicas (MJD) (حركة الشبيبة الإسلامية), cuyo objetivo fundamental era predicar el islam. Nació como reacción al panarabismo de Gamal Abdel Naser de ideología socialista y secularista, y como respuesta islámica a las corrientes revolucionarias de izquierdas en Marruecos, muy influenciadas por lo que ocurrió en mayo de 1968 en París. MJD tenía un ala de predicación islamista y otro ala militar. Pero la falta de una buena organización y el fracaso en varias acciones armadas provocó que hacia 1984 Mutii renunciase a la violencia y se disolviera el grupo. Hasta finales de los años noventa el islamismo radical de inspiración salafista encontró en Marruecos ideólogos como Mohamed Fizazi, Abdelkrim Chadili y Omar Haddouchi, que constituyeron varios grupos que los expertos marroquíes han venido en llamar, para abreviar, la “corriente de la Salafiya Islamiya” (التيار السلفي الإسلامي). Éstos predicaron una versión totalitaria del islam y convencieron a muchos jóvenes marroquíes para que fueran a luchar a Afganistán, Chechenia o Bosnia. Pero su acción combatiente en el interior del país fue prácticamente nula hasta el 16-M de 2003.

Será la generación de marroquíes que hicieron el yihad en Afganistán, los llamados “marroquíes afganos”, quienes en 1998 fundaron en aquel país el Grupo Islámico de Combatientes Marroquíes (GICM), uno de cuyos fines es extender la guerra santa a Marruecos. Se considera a Mohamed el Gerbuzi, Abu Aisa, el cerebro de este grupo. Vive en Londres, naturalizado británico y desde diciembre de 2003 está condenado *in absentia* por un tribunal de Casablanca a veinte años de cárcel por ser uno de los organizadores del 16-M. Hasta la fecha, el Reino Unido ha desestimado la orden de extradición

presentada por la Justicia marroquí. El GICM se benefició, por tanto, desde finales de los noventa, del cuadro logístico de Al Qaeda, lo que le convirtió en la primera organización marroquí con una estructura capaz de actuar eficazmente a favor del yihad internacional, tanto en el interior de Marruecos como en el exterior. Sus militantes han sabido crear su propio cuadro organizativo y colaborar con otras células internacionales. España ha sido testigo directo de esta evolución.

La lucha del régimen marroquí contra el islamismo radical

Si bien el régimen marroquí colaboró ampliamente para que el wahhabismo se instalara cómodamente en sus mezquitas, escuelas y universidades hasta fechas recientes, parece que, a raíz de los atentados de Casablanca, se ha tomado en serio la represión de los defensores de la versión combatiente del islam. No se puede equiparar el wahhabismo, corriente tradicional rigorista, con el salafismo combatiente revolucionario predicado por Al Qaeda, pero existe una relación directa entre la secular predicación de ese wahhabismo con el hecho de que Marruecos se haya convertido en un vivero de terroristas que han bebido de esa doctrina.

Marruecos ha tenido que cambiar su agenda respecto al islamismo toda vez que se ha dado cuenta que una industria emergente como es el turismo puede arruinarse por acciones terroristas y que su alianza con el “eje del bien” le puede reportar pingües beneficios. La estrategia se basa en dos puntos fundamentales:

1. El dinero ya no llega como antaño desde Arabia Saudí. El Palacio y el Ejército padecen la crisis económica del régimen de Riad, así que se ha girado aún más la mirada hacia un gran aliado tradicional: EEUU. Este mismo año Marruecos ha firmado un Acuerdo de Libre Comercio con Washington y éste ha declarado al país africano aliado preferente. A

partir de ahora, un parte del enorme presupuesto militar será sufragada por Estados Unidos.

2. El Gobierno marroquí está dispuesto a llevar a cabo la misma política de represión sobre los islamistas que se ha empleado en países como Siria, Túnez o Egipto. La cuestión es saber si el magnetismo ideológico de Al Qaeda sobre algunos jóvenes marroquíes se puede combatir con persecución policial, encarcelamiento y torturas. Desde mayo de 2003, según el ministro de Justicia marroquí, Mohamed Buzubaa, 2.112 islamistas han sido procesados, 903 condenados a penas de prisión y 17 esperan que se ejecute su condena a muerte. Los atentados del 16-M en Casablanca cogieron desprevenidos a los servicios de inteligencia marroquíes, al igual que a los estadounidenses el 11-S y a los españoles el 11-M. Pero en Marruecos la Ley Antiterrorista y los jueces protegen de forma más implacable los intereses del Estado que, por ejemplo, en España. En los procesos judiciales a militantes islamistas en Marruecos se aplica la “presunción de culpabilidad” antes que la de “inocencia”.

Reflexiones cruzadas: Egipto y Marruecos

La forma de tratar con el islamismo radical en Egipto y Marruecos fue muy diferente hasta, al menos, el hito de los atentados de Casablanca. Ello se debe en gran medida a los diferentes procesos históricos. La narración de una serie de puntos comunes y divergentes en los casos egipcio y marroquí, a modo de reflexiones cruzadas, pondrán fin a esta ponencia.

Egipto vivió un renacimiento cultural tras la pérdida de la autoridad de Estambul en el país del Nilo. Mohamed Ali abanderó su modernización. Los intelectuales reformistas y los liberales revivieron épocas de esplendor pasadas. Italianos, franceses, griegos y británicos embarcaban hacia un país de oportunidades. Pero vino la reacción de los movimientos islamistas a la decadencia provocada por las crisis económica de un país endeudado, males que atribuyeron a Occidente y al abandono de la religión. Surgieron los grandes

ideólogos del yihad combatiente y sembraron el terror. Desde los años 50, los tres presidentes –Naser, Sadat y Mubarak- han acumulado una larga experiencia de lucha contra el islam totalitario.

Al contrario que Egipto, Marruecos apenas ha padecido el yihadismo endógeno hasta el año pasado. Los terroristas marroquíes se han hecho muyahidin en el extranjero: en las guerras del yihad y en Europa. Parece que los atentados de Casablanca del 16-M responden en mayor medida a los objetivos del terrorismo islamista global: la comunidad judía y la Casa de España. Es difícil vislumbrar a corto plazo el desarrollo de un yihad militante interno.

En Egipto, desde mediados del s. XX, la contraélite al régimen siempre estuvo en el islam preconizado por los Hermanos Musulmanes. Ningún otro movimiento ideológico ha ejercido mayor presión. Esto ocurre en Marruecos sólo a partir de los años 90, cuando Justicia y Caridad y el Partido Justicia y Desarrollo se constituyen como las auténticas fuerzas de oposición. El Gobierno de alternancia entre socialistas y nacionalistas desde 1997 que ha alentado la Monarquía ha acabado en gran medida con la oposición política tradicional.

Egipto y Marruecos viven una creciente islamización de su sociedad civil. Aunque hayan llegado a esa realidad de forma particular, se puede apuntar que la calle, la universidad o la mezquita en ambos países están en manos de los islamistas. La tesis primera y última de estas palabras es que ahí radica el verdadero dolor de cabeza de sus oligarquías: la creación de una sociedad paralela que vaya consiguiendo confiscando parcelas de poder a las élites tradicionales. El terrorismo, hoy día, es una preocupación secundaria para estos dos regímenes, ya que se puede combatir con la represión, tal como lo ha hecho exitosamente Egipto en los últimos 50 años y Marruecos tras los atentados de Casablanca. Sí es cierto que las acciones terroristas pueden arruinar temporalmente el turismo de un país -industria importantísima en Egipto y Marruecos que alivia sus maltrechas economías y que genera trabajo para los jóvenes-, pero apenas golpea la línea de flotación de los fundamentos

del poder en estos dos países norteafricanos: el ejército y las dinastías político-financieras.

El terrorismo en términos de yihad nacional ha fracasado en lugares como Argelia y Egipto, si es que alguna vez pretendió usurpar el poder. A su vez, el terrorismo internacional, aunque en su doctrina se lea que una de sus prioridades es derrocar a los líderes árabes “infieles”, no plantea una alternativa política creíble, ni una teoría revolucionaria que mejore las tradicionales formas de gobierno en Egipto y Marruecos. Resulta que el mensaje de Ben Laden no deja de ser recibido como un discurso romántico que sólo encuentra acogida entre algunos jóvenes entusiastas.

Sin embargo, el islamismo de Justicia y Caridad o el de los Hermanos Musulmanes transmite un mensaje resonante lleno de referencias muy cercanas a su cultura; además, el mensajero es creíble porque es “honesto” y lucha contra las injusticias sociales frente a los poderosos; y sus mecanismos de beneficencia social son efectivos. Y esa estrategia se da en un contexto muy específico. Según datos de los Informes de desarrollo humano en el mundo árabe de 2002 y 2003 de Naciones Unidas, ambos países rondan los 3.500 dólares de renta per cápita al año, los índices de analfabetismo son altos –52% en Marruecos y 45,4% en Egipto-, y el crecimiento demográfico – Marruecos 29.8 m. en 2000 a 36.3 en 2010- desborda las capacidades de creación de empleo y riqueza de sus respectivos gobiernos.

En Egipto y Marruecos se están lidiando en la actualidad sendos conflictos internos entre los muchos seguidores del islamismo relativamente moderado y los partidarios de seguir el modelo occidental de liberalismo constitucional. Algunos analistas piensan que el mejor camino para evitar que se den situaciones similares a la de Argelia es fomentar el islam tradicional autóctono, un islam que no apuesta por la lucha armada. Otros expertos piensan que hay que invitar a los islamistas moderados a que participen en el juego democrático que predicaban tanto Mohamed VI como Mubarak. Entretanto, ambos regímenes sienten pavor cuando los islamistas participan en el sistema político. Ese temor es el que provoca que Egipto y Marruecos metan a todo el

arco de movimientos islamistas en el mismo saco y traten, equivocadamente, a todos como terroristas.

Algunas referencias:

- Conversaciones con expertos en la materia como diplomáticos acreditados en países árabes, miembros de los Hermanos Musulmanes, el experto marroquí Mohamed Darif, islamistas radicados en España y otras muchas personas que me han ayudado a escribir estas páginas.
- Arab Human Development Report* (2002 y 2003), UNDP, United Nations Press, Amán.
- Publicaciones periódicas: *La Gazette du Maroc, Aujourd'hui Le Maroc, Ahdath Maghrebiya, Al Hayat, Asharq Alawsat, Attajdid, El País, El Mundo, ABC, Al Ahram Weekly, Al Ahram, Tel Quel, Le Monde Diplomatique, New York Times.*
- Murders on the Nile, the World Trade Center and global terror* de J. Bowyer Bell, Encounter Books, San Francisco, 2003.
- The Crisis of Islam* de Bernard Lewis, Phoenix, Londres, 2003.
- Jihad. Expansion et déclin de l'islamisme* de Gilles Kepel, Gallimard, París, 2003.
- Toutes voiles dehors* de Nadia Yassine, Éditions Le Fennec, Casablanca, 2003.
- Mobilizing Islam. Religion, activism and political change in Egypt* de Carrie Rosefsky Wickham, Columbia University Press, Nueva York, 2002.
- Passion for Islam. Shaping the modern Middle East: the Egyptian experience* de Caryle Murphy, Scribner, Nueva York, 2002.
- Al din wal siyyasa* de Mohamed Darif, al Mayalla al Maghrebiya li-ilm al Iytimea al Siyasi, Casablanca, 2000.
- Al islamiyyun al maghariba* de Mohamed Darif, al Mayalla al Maghrebiya li-ilm al Iytimea al Siyasi, Casablanca, 1999.

Marcos García Rey
Madrid, junio de 2004